

Reseñas Bibliográficas

GONZÁLEZ DE OLEAGA, Marisa (ed.). *En primera persona. Testimonios desde la Utopía*, Barcelona, NED Ediciones, 2013.

Me acerqué a la presentación del libro y allí su autora nos puso frente a una oportuna advertencia, “solemos confundir discontinuidad con fracaso”. Hablamos de utopías, claro, y son pocas las veces que al hacerlo nos movemos por fuera de un supuesto casi inalterable, que no se toca. Desplazadas de nuestro tiempo y denostadas hasta el límite, las utopías son esas experiencias del pasado que no sólo han desaparecido, sino a las que también debemos sumarle una inapelable carga de decepción individual y colectiva. Sin importar qué escenas o ejemplos paseen por nuestras mentes en estos momentos, lo cierto es que hay algo tan naturalizado en esta improvisada definición que aparece tanto en discusiones a las puertas del bar como en esas inusuales clases en la universidad donde a alguien se le ocurre sacar el tema, casi de la nada, como quien tira una piedra al aire.

No parecen faltarnos razones ni lugares desde donde empezar a buscar los porqués de tal desprestigio y de tantas otras omisiones. Para las grandes ontologías del siglo XIX, y principalmente para el llamado socialismo científico, los proyectos utópicos siempre han sido una forma cobarde de evasión, de escaparse del futuro. Desde el este francés y sus minas de carbón a las revoltosa ciudad de Dresde y la Manchester obrera, toda utopía no era sino la consecuencia directa de una falta de conocimiento y de un derrotismo por poco despreciable. Pero la cosa no iba a ser muy distinta en otras latitudes ni bajo otras banderas. El insistente avance del estado supo apoyarse no sólo en las recicladas élites liberales y urbanas, sino también en el fascinante mundo de la técnica, en la voraz inercia con que poblaciones, territorios e imaginarios fueron haciéndose cada vez más planos y predecibles...como esos pequeños arbustos que cubren los desiertos, incansables y aburridos, nunca a más de unos pocos centímetros del ras del suelo.

Pero esto no es todo, como bien nos dice González de Oleaga al dar comienzo a su libro, las narraciones que han reconocido en las utopías algo que vale la pena ser contado, se han acomodado detrás de cualidades y circunstancias fuera de serie, casi heroicas y por lo tanto difícilmente repetibles. Los relatos históricos nos daban el tiempo y el lugar, mientras que los protagonistas no eran muy distintos a esos seres *verdes y húmedos* que Cortázar llamó *cronopios*, a esas criaturas grandiosas y sensibles que aparecen en algunos de sus cuentos. El resultado no iba a ser muy diferente al de la despectiva visión anterior, con la particularidad de que en este caso las experiencias utópicas quedaron encerradas sobre sí mismas, como si fueran fábulas infantiles recreables sólo en una

superproducción cinematográfica o por alguno de estos nuevos genios de la animación digital.

Sin necesidad de llevar a cabo un análisis al detalle del concepto y su historia, de sus enemigos y novias anarquistas o comunitaristas, *En primera Persona* es un claro desafío a esta buena mezcla de boicot y ostracismo al que fue relegado el pensamiento utópico. Es justamente en la introducción donde estas cuestiones toman un perfil teórico en el que la utopía se pone en común con el problema de la identidad y la necesidad de relatos, con el lugar de la historia, su nerviosa oposición a la memoria y el valor de la oralidad. Pasamos sólo algunas páginas y ya contamos con unas buenas nociones de qué entra en juego con esto de las utopías, de cómo alcanzamos a contarlas y a quiénes esperamos que lleguen. Pero las cuestiones vinculadas a la teoría no quedan para nada abandonadas en el resto del libro. Lejos de mostrarse como un bicho raro que se distingue fácilmente de aquellos textos centrados en el pasado y la vida de otros, la teoría no empalaga ni deja de lado esa insistencia por la forma. De esta manera, Fernando Aínsa nos lleva por un trenzado personal de coloquios internacionales y literaturas, de utopías latinoamericanas y de utopistas repartidos por el mundo. Mientras que Claudio Martyniuk nos mete en un relato filosófico poco habitual, Gisela Heffes nos presenta una entrevista entre imaginarios y lo posible, entre el color de la utopía y su deseo. Cada uno de estos autores nos ofrece un itinerario distinto desde donde subirnos al carro, sin dejar de lado que la marca teórica también se muestra en otros textos, como por ejemplo al hablar de museos de historia, de cómo trabajar con testimonios escritos o poner en marcha un ciclo de televisión que comparta proyectos alternativos.

El libro se abre y se cierra, se cierra y se vuelve a abrir. A lo largo de quince capítulos entramos en contacto con comunidades anarquistas y con las notas personales de un metódico poblador blanco. Del Río de La Plata a Israel y Estocolmo, recorreremos historias alejadas en el tiempo y otras más recientes y urbanas. Leemos sobre cooperativas y casas de adobe, conocemos imprentas y viajes al campo, clubes de verano y alguna que otra escuela en la ciudad. Avanzamos un poco y nos llegan noticias de bibliotecas e inmigrantes comunistas, del trabajo de la tierra y de nuevas antenas de radio, de comedores en la periferia y de parques donde todo cambia, de parques del que la gente no vuelve. Sea como investigadores, militantes o partícipes de algún proyecto colectivo, todos los autores ocupan un lugar en cada historia, asumen un legado y se involucran personalmente en las tensiones propias de cada experiencia. Esto se deja ver claramente en la forma en que cada capítulo está escrito, donde cada texto viene con su correspondiente punto final, con ese espacio en blanco que al terminar la última página nos dice que no hay más, que el capítulo se queda ahí. Pero ¿cómo?... ¿qué pasó?, ¿dónde fueron a parar todos?, ¿qué se dijeron unos a otros?, ¿cómo habrán retomado cada uno de ellos sus vidas? Ya un poco menos impaciente,

Reseñas Bibliográficas

descubrí que mi ataque repentino de empirismo glotón se había desenvuelto como parte de la propuesta del libro y de su forma de entender las utopías. Y es aquí donde el título del libro, *En primera persona*, se encadena casi naturalmente con su acompañante, *Testimonios desde la Utopía*. Si, por decirlo de alguna manera, muchos de los capítulos terminan porque siguen, es justamente debido a que opera en toda la publicación una carga de transmisión, de circulación de pasados y experiencias que definen una vuelta de tuerca entre relato y utopía.

Dentro de este ejercicio de transmisión, no podemos olvidarnos que los recientes (y no tan nuevos) estudios sobre la memoria han hecho del testimonio una fuente historiográfica significativa que continua generando muchas preguntas tanto a nivel político como, si me permiten el término, epistemológico. Sin embargo, no está demás dejar lugar a cuestiones algo más sutiles y difíciles de descifrar, a algunas breves marcas que no buscan remplazar la palabra de nadie, pero que muchas veces son menospreciadas por esa necesidad de tener que leer o escucharlo todo. Como suele pasar con tantas otras cosas, las utopías también están en los detalles, en una sorpresa llamada por teléfono, en una piscina vacía o en una maleta que espera y espera. Podemos incluso empezar a deshilar experiencias utópicas a partir del ruido de una fábrica textil, del poema a una madre y su hijo o de la promesa de una próxima visita...de una especie de despedida. Como el abecedario bailarín y femenino que Barthes supo enseñarnos, no debería sorprendernos que las utopías se dejan descubrir en algunas letras que se amontonan, en letras que dan lugar a nuevas formas y puntos de encuentro entre el pasado indígena, las colonias galesas y una infancia entre ciudades del sur. Este tejido de palabras refleja una duda permanente que acompaña a quienes se han ido o emigrado, pero no incumbe sólo a ellos. Tiene mucho que ver también con la trasmisión y con la posibilidad de recuperar relatos plurales, historias que sirvan de algo para quienes estén lo suficientemente interesados y atentos. Es aquí donde *En primera persona* tiene bastante que decir desde la forma en que cada colaborador entendió que debía escribir su capítulo y por qué cuentan lo que cuentan. A falta de esa perdida “voz media” que González de Oleaga retoma en su introducción, le corresponde al lector no sólo descubrir cómo se acomoda este narrador narrado dentro de los vaivenes de aquello que cuenta, sino también de poder ser críticos, de preguntarse por los límites de toda trasmisión y de la importancia de no confundir el pasado con sus protagonistas. Lo bueno es que el lector cuenta con algo de ayuda en este tema. A pedido de la editora, cada capítulo asume un formato tripartito que si bien no siempre es tan claro, si forma parte de una práctica donde los relatos se vuelven experiencia y se entrecruzan con el acto de escribir. Lo que entra en juego aquí es el lugar de la diferencia en lo que uno cuenta y de cómo podemos recuperar las vivencias del ayer. Como bien dice la compiladora a dar inicio al libro, es en la posibilidad de garantizar una dosis mínima de polifonía y de ruido entre pasados y presentes donde la identificación

se convierte en un ejercicio de ida y vuelta, en una forma de traducción e incorporación de otras realidades a historias colectivas que están siempre en movimiento.

Teniendo esto en mente, *En primera persona* nos presenta una escena donde los distintos proyectos del pasado no se han descolgado del paso del tiempo, donde éstos todavía tienen mucho que decir y que por lo tanto vale la pena ponerlos en común con el importante número de luchas políticas por la identidad y por una cierta idea de justicia e igualdad. De una u otra forma, aquellos médicos, pobladores y literatos del pasado conjuraron en sus prácticas y textos este tipo de imaginarios, poniendo en entre dicho cualquier distinción convencional entre el futuro, nuestros presentes y un pasado desconocido. De aquí que los capítulos de este libro no terminen y que los autores actúen como pasadores, como quienes abandona cualquier intento de saberlo todo o de estar en condiciones de dividir el pasado entre aciertos y decisiones equivocadas, entre malas lecturas del contexto o un exceso de ilusión y optimismo.

El libro se abre y se cierra y los recuerdos también “funcionan como los fragmentos coloridos de un caleidoscopio...” (Oleaga, 2013: 22). Mi hermano regresó de quién sabe dónde un poco más tarde que de costumbre, cerró la puerta y me entregó una caja con lo que parecía ser un obsequio. Dos días antes, un domingo en aquel entonces, había sido mi cumpleaños número 23, así que debajo del papel y de la tramposa entrega tardía del paquete había un regalo, más precisamente un libro, *El Seminario 3: La psicosis*, de Jacques Lacan. Vamos, antes y ahora, un verdadero dolor de cabeza.

El psicoanálisis es una práctica y al igual que su lectura requiere de un cierto entrenamiento. No son pocas las ocasiones en que a muchos de nosotros sus textos nos agarran en baja forma y nos complican bastante las cosas, y el caso de Lacan lejos está de ser la excepción, más bien todo lo contrario. Como no podía ser de otro modo, el nuevo libro nunca pudo escaparse de este cajón de confusiones, pero si alcanzó a darme una buena señal de todo lo que él y yo habíamos empezado a hacer algunas tardes atrás. Unas pocas líneas antes de apagar la luz junto a mi cama hicieron el truco:

Si por una suerte extraña atravesamos la vida encontrándonos solamente con gente desdichada, no es accidental, no es porque pudiese ser de otro modo. Uno piensa que la gente feliz debe estar en algún lado. Pues bien, si no se quitan eso de la cabeza, es que no han entendido nada del psicoanálisis. Esto es lo que yo llamo tomarse las cosas en serio¹.

Con el paso de los días, el Lacan erudito, la autoridad del saber de la que él tanto quiso escaparse se había quedado muda. Para mí, desde entonces, Lacan pasó a ser

¹ Jacques Lacan, *El Seminario 3: La psicosis*. Barcelona, Paidós, 1984, p. 121.

Reseñas Bibliográficas

sencillamente un tipo esperanzador. Había descubierto en sus líneas mi verdad, una verdad que también jugaba su suerte como fórmula, como un lugar desde donde no sólo releer mis aventuras por los textos de Freud o Lacan, sino desde donde poder sacudirme a mí mismo, como si fuera un perro. De esta manera, a medio camino entre lo infantil y el alivio, encontré allí mi 2x4, mi paso de baile: Sólo se puede ser feliz sabiendo que la felicidad no existe, que no nos espera en ningún sitio ni en ningún momento del mañana; que no nos exige condiciones que tengamos que cumplir o futuros a los que debemos aspirar.....que, a fin de cuentas, “felicidad” es simplemente una palabra que no sabe (a) nada.

En aquellos días, todo esto se había convertido en un secreto necesario, casi subversivo. Como ese caleidoscopio que la editora de *En primera persona* nos invita mirar y descubrir, lo realmente subversivo (y no revolucionario) de la utopía quizá se esconda en el significado común que asociamos a su nombre. Si ya nos hemos cansado de escuchar que lo utópico es aquello que no existe, que no está en ningún sitio, puede que el golpe justo esté en algo mucho más simple y cercano, en algo como cambiarle el gusto a las palabras. En este sentido, a pesar de las dispares estrategias que cada autor sigue al momento de pensar las utopías, hay algo verdaderamente íntimo en cada ejercicio de transmisión que va más allá de esa conducta responsable y reflexiva con la que González de Oleaga nos recibe en su introducción y retoma en sus capítulos. Aquí es donde su texto nos muestra su reverso y se vuelve contra nosotros. Cuando uno tiene entre manos un conjunto de relatos *en primera persona*, uno no sólo cuenta con una mirada privilegiada sobre el autor y su biografía, sobre aquello que éste cree mostrar o busca guardarse, sino que muchas veces olvidamos que del otro lado ocurre algo similar, que si bien no nos exhibe públicamente, sí nos interpela como lectores y nos deja bastante expuestos.

A fin de cuentas, a lo largo de los textos uno recrea momentos y se identifica con algunas imágenes, pero en ese cruce entre lugares imposibles, *diosas* y *villanas*, uno también toma una pausa y se queda a la espera. Uno deja por última vez el libro sabiendo que muchas historias y experiencias todavía siguen estando allí, convencido de que unos pocos comensales sentados en la cocina pueden salir al encuentro de esa línea minúscula que alguna utopía supo arrastrar desde el pasado. Una inflexión en la voz, un olor repentino o un viaje a un lugar cualquiera....en definitiva, si hay algo que este libro no deja de decirnos es que hasta unas pocas páginas junto a la cama pueden hacer de una palabra tan simple y repetida algo nuevo y esperanzador.

Emiliano Abad García
(Universidad Autónoma de Madrid)